

'La Odisea' leída del revés según Fernando Merinero

LUIS MARTÍNEZ / Madrid

«Prefiero llevar de paseo al espectador por Marte que por su barrio». La frase es del cineasta Fernando Merinero (Madrid, 1958). Él es al cine lo que los perros verdes a la zoología: una especie extraña, casi inexistente, pero necesaria. Y voraz. Un momento, ¿necesaria? No lo duden, gracias a animales como éste, todavía es posible la sorpresa. Su último trabajo, *El viaje de Penélope*, insiste en las claves que llevan definiendo su lugar en el mundo desde que a mediados de los 90 empezara a dar sus primeros brochazos verdes a cuanto can se cruzase en su camino.

Básicamente, la película no hace otra cosa que transcribir *La Odisea*, canto a canto, pero, por así decirlo, del revés. «Cuando empecé a pensar en la película, el tema principal de mi vida era la fidelidad. Fue inevitable llegar aquí. ¿No es acaso la leyenda de Penélope y Ulises un monumento a la fidelidad?... Además, es casi una cuestión familiar: mi padre tenía completamente mitificado a Telémaco». Y así las cosas, el espectador es invitado a un paseo por un lugar extraño y, sin embargo, perfectamente reconocible. ¿Por qué? «Sencillo. *La Odisea* es nuestro mundo. Gracias a ella somos lo que lo somos», precisa para dar la clave del enigma. Un momento. Hay algo extraño en esta cinta: Ulises es la mujer y Penélope, el hombre. «Sí, ése es nuestro destino». Volvemos al enigma.

Extravagante y narcisista

Así es el cine de Merinero. Así es Merinero. Por cada respuesta, devuelve un puñado de preguntas. *El viaje de Penélope* es, de hecho, toda ella, una pregunta, quizá simplemente un signo de interrogación. Entre lo inconfesable y el narcisismo, cada fotograma devuelve al espectador una sensación de divertido, ingenuo y feliz extrañamiento.

Cuenta el director que, en los 20 años que lleva dedicado al cine, ni uno sólo de sus siete largometrajes ha recibido subvención, ayuda o, ya puestos, una palmada en la espalda. Y lo dice entre el orgullo y la resignación. «No entiendo ese empeño del Ministerio de Cultura de apoyar exclusivamente a la gente que no necesita apoyo. Me siento un poco como los primeros cristianos en las catacumbas». De hecho, hace falta profundizar bien dentro en la cartelera de los periódicos para dar con el sitio preciso en el que Merinero oficia su particular aquelarre. Dice que hace cine porque no lo puede evitar y tiene claro que el que vaya a ver su trabajo, le guste o no, saldrá con la sensación de haber visto algo, cuanto menos, diferente. «Ya que pagan, que lo hagan por ver algo inusual, novedoso».

—Por favor, defina su película.

—Es la película más extravagante y narcisista de la historia del cine.

Lo dicho, los perros o son verdes o dan ladridos. Y estos últimos, la verdad, acaban por resultar molestos.